

XXI domingo Tiempo Ordinario

- **Jos 24, 1-2a. 15-17. 18b.** Serviremos al Señor, ¡porque él es nuestro Dios!
- **Sal 33.** Gustad y ved qué bueno es el Señor.
- **Ef 5, 21-32.** Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.
- **Jn 6, 60-69.** ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.

1. Desde la Palabra de Dios

Retomamos la proclamación del capítulo 6 del Evangelio de San Juan, acercándonos a los últimos versículos, que nos muestran las reacciones ante el discurso del Pan de Vida. Los que ayer querían proclamarlo Rey al verlo multiplicar panes y peces, hoy le abandonan cuando se les ofrece la Vida Eterna.

Es interesante ver cómo se van describiendo las reacciones de los discípulos a lo largo del discurso: primero murmuran, luego discuten, y aquí, al final, se escandalizan y terminan yéndose. Mientras crece la entrega de Jesús la revelación de su Pasión como medio para entrar en la Eternidad, se va haciendo más pequeño el número de los discípulos, que incluso lo dejan y se van...

Al final sólo quedan los doce, los íntimos, y cabe pensar que Jesús les elogiará que se queden con Él. Pero no es así: ante esta circunstancia, se podría pensar que Jesús podría ser un poco más benévolo con los doce, siendo aparentemente los únicos que quedaban, sin embargo la pregunta de Jesús a ellos es: «¿también vosotros queréis marcharos?».

Jesús no está dispuesto a cambiar su Palabra ni a rebajar su exigencia porque se le vaya la gente... Jesús no es un líder “populista” que adecua su discurso en función de quién lo esté escuchando. Prefiere quedarse solo —aunque él sabe que no está solo, «porque el Padre está conmigo»—, y por eso les plantea esa pregunta a los doce.

Pedro, a su vez, reconoce la autenticidad de Jesús, y le responde a su vez: «Señor, ¿a quién vamos a acudir?». Realmente, la pregunta de Pedro es una confesión de fe: ¡no queremos ir a ningún otro, sino quedarnos contigo!, «tus palabras son palabras de vida eterna».

Para los discípulos que se fueron, las palabras de Jesús eran “duras”, para Pedro y los demás apóstoles, estas mismas palabras son “palabras de vida eterna”. Son las mismas palabras; la diferencia está en el modo en que se

reciben. Aquellos discípulos no creían en Jesús, en cambio Pedro confiesa: «nosotros creemos, y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Igual nosotros hemos de revisar nuestra actitud ante la Palabra de Jesús: ¿es una Palabra a la que nos adherimos, o huimos de ella?; ¿la escuchamos sentados en la comodidad de nuestra existencia, o nos pone en camino?

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy concluye la lectura del capítulo sexto del Evangelio de san Juan, con el discurso sobre el «Pan de vida» que Jesús pronunció el día después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Al final de su discurso, el gran entusiasmo del día anterior se desvaneció, porque Jesús había dicho que era el Pan bajado del cielo y que daría su carne como alimento y su sangre como bebida, aludiendo así claramente al sacrificio de su misma vida. Estas palabras suscitaron desilusión en la gente, que las juzgó indignas del Mesías, no «victoriosas». Algunos veían a Jesús como a un Mesías que debía hablar y actuar de modo que su misión tuviera un éxito inmediato. Pero, precisamente sobre esto se equivocaban: sobre el modo de entender la misión del Mesías. Ni siquiera los discípulos logran aceptar ese lenguaje inquietante del Maestro. Y el pasaje de hoy relata su malestar: «¡Este modo de hablar es duro! —decían— ¿Quién puede hacerle caso?» (Jn 6, 60).

En realidad, ellos entendieron bien el discurso de Jesús. Tan bien que no quieren escucharlo, porque es un lenguaje que pone en crisis su mentalidad. Siempre las palabras de Jesús nos hacen entrar en crisis; en crisis, por ejemplo, ante el espíritu del mundo, ante la mundanidad. Pero Jesús ofrece la clave para superar la dificultad; una clave compuesta de tres elementos. Primero, su origen divino. Él ha bajado del cielo y subirá «adonde estaba antes» (v. 62). Segundo: sus palabras se pueden comprender sólo a través de la acción del Espíritu Santo, «quien da vida» (v. 63). Y es precisamente el Espíritu Santo el que nos hace comprender bien a Jesús. Tercero: la verdadera causa de la incomprensión de sus palabras es la falta de fe: «hay algunos de entre vosotros que no creen» (v. 64), dice Jesús. En efecto, desde ese momento, dice el Evangelio «muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con Él» (v. 66). Frente a estas deserciones, Jesús no regatea ni atenúa sus palabras, es más obliga a hacer una elección clara: o estar con Él o separarse de Él, y les dice a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (v. 67).

Entonces, Pedro hace su confesión de fe en nombre de los otros Apóstoles: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de Vida eterna» (v. 68). No dice: «¿dónde iremos?», sino «¿a quién iremos?». El problema de

fondo no es ir y abandonar la obra emprendida, sino a quién ir. De esa pregunta de Pedro, nosotros comprendemos que la fidelidad a Dios es una cuestión de fidelidad a una persona, a la cual nos adherimos para recorrer juntos un mismo camino. Y esta persona es Jesús. Todo lo que tenemos en el mundo no sacia nuestra hambre de infinito. ¡Tenemos necesidad de Jesús, de estar con Él, de alimentarnos en su mesa, con sus palabras de vida eterna! Creer en Jesús significa hacer de Él el centro, el sentido de nuestra vida. Cristo no es un elemento accesorio: es el «pan vivo», el alimento indispensable. Adherirse a Él, en una verdadera relación de fe y de amor, no significa estar encadenados, sino ser profundamente libres, siempre en camino. Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿quién es Jesús para mí? ¿Es un nombre, una idea, es solamente un personaje histórico? O ¿es verdaderamente esa persona que me ama, que ha dado su vida por mí y camina conmigo? Para ti, ¿quién es Jesús? ¿Estás con Jesús? ¿Intentas conocerlo en su palabra? ¿Lees el Evangelio, todos los días un pasaje, para conocer a Jesús? ¿Llevas el Evangelio en el bolsillo, en la bolsa, para leerlo en cualquier lugar? Porque cuanto más estamos con Él, más crece el deseo de permanecer con Él. Ahora os pediré amablemente hacer un momento de silencio y que cada uno de nosotros en silencio, en su corazón, se pregunte: ¿Quién es Jesús para mí? En silencio, que cada uno responda en su corazón.

Que la Virgen María nos ayude a «ir» siempre a Jesús, para experimentar la libertad que Él nos ofrece, y que nos consiente limpiar nuestras elecciones de las incrustaciones mundanas y de los miedos.

(Papa Francisco. Angelus, 23/08/2015)

3. Desde el fondo del alma

Señor, ¿a quién iremos si tú eres nuestra vida?

Señor, ¿a quién iremos si tú eres nuestro amor?

¿Quién como tú conoce

lo insondable de nuestro corazón?

¿A quién como a ti le pesan

nuestros dolores, nuestros errores?

¿Quién podría amar cómo tú

nuestra carne débil, nuestro barro frágil?

¿Quién como tú confía en la mecha que humea en nuestro interior?

¿Quién como tú sostiene

nuestra esperanza malherida

y nuestros anhelos insaciables?

¿Quién como tú espera nuestro sí de amor?